

condiciones en que se hallaba el imperio griego es que no imitaron á los normandos que habian empezado sus ataques en los extremos, sino que decidieron atacar desde luego el corazon del imperio, es decir, á Constantinopla que era mas que nunca, la clave que sostenia todavia el conjunto. Cuando llegó de la corte de Emerico el príncipe Alejo en 25 de abril, hacia ya cinco dias que la vanguardia de la escuadra veneciana habia emprendido su viaje y ocupado á Dirraquio en nombre de Alejo IV. Toda la expedicion compuesta de 40,000 combatientes estuvo reunida en Corfú por la fiesta de Pentecostes, y allí repitió Alejo solemnemente sus promesas en presencia de toda la hueste, de la cual una gran parte todavia vacilaba en acometer una empresa tan atrevida. Pudo vencerse este último recelo y en 25 de mayo la escuadra, apartándose de aquellas hermosas playas, llegó sin novedad al Mar Egeo, pasó los Dardanelos y el Bósforo y el 27 de junio ocupó á Scutari en frente de la capital, como base de las operaciones ulteriores.

El emperador Alejo III no habia recibido ninguna declaracion de guerra, ni siquiera quejas ni intimacion ni advertencia oficial de ninguna potencia enemiga ni neutral. Solo tenia avisos confidenciales de genoveses y pisanos, pero la conducta de la curia romana en Tirnova y Constantinopla le habia hecho comprender que desde la evasion del príncipe Alejo se iba formando una terrible tempestad que habia de descargar sobre el imperio un dia ú otro. El escaso número de las tropas que se dirigian desde Corfú á la capital no era motivo para dormirse ni despreocuparse del peligro, porque los 40,000 combatientes de que constaba aquel ejército eran guerreros escogidos que á los mismos Comnenos tan valientes habria costado trabajo rechazar, estando como estaban dirigidos por jefes militares y diplomáticos tan eminentes como Montferrato y Dándolo. A pesar de saber todo esto, no hizo nada Alejo III, y limitándose á aguardar al enemigo detrás de los baluartes de la capital coronó dignamente todas las ineptitudes de su familia que habia dejado desmoronarse el soberbio imperio hasta el punto de caer en ruinas al menor impulso. Únicamente podia contar en primer lugar con la aversion del pueblo bizantino á los occidentales y á un pretendiente que iba auxiliado por un ejército extranjero para disputar el trono á su tío; y en segundo lugar con el apoyo de los genoveses y pisanos por ser enemigos de Venecia. De todos modos, cuando la escuadra veneciana llegó, ninguna medida importante se habia tomado para rechazarla; pero cuando el pueblo de la capital supo que los cruzados habian tomado á Zara y se habian dirigido contra Dirraquio, se amotinó con soldados mercenarios de las legiones extranjeras y descargó su ira sobre los italianos y otros occidentales establecidos en Constantinopla, cometiendo graves excesos principalmente contra los venecianos, pero desgraciadamente tambien contra pisanos y amalitanos. Muchas casas habitadas por ellos fueron saqueadas y destruidas, muchos venecianos fueron asesinados ó presos, no tanto por la expedicion, que ésta solo fué el pretexto, cuanto por la envidia y el rencor que se habian acumulado en los bizantinos contra estos extranjeros que ocupaban los mejores sitios en el puerto y á orillas del Cuerno de Oro, y habian concentrado en sus manos todo el comercio, mientras los comerciantes é industriales del país habian tenido que retirarse mas y mas al interior de la capital.

A última hora adoptó Alejo III apresuradamente algunas disposiciones con los medios de que podia echar mano, y llamó á la capital las fuerzas de las provincias mas inmediatas, de modo que todavia pudo disponer de fuerzas superiores á las del enemigo, pero no era hombre para despertar el entusiasmo que en otras épocas habia centuplicado el valor de los bizantinos.

Los jefes enemigos conocieron luego que sus esperanzas y cálculos no habian sido vanos y que la capital formidable no resistiria á su empuje; porque á la vista de un destacamento francés que avanzó para reconocer el terreno el 1.º de julio cerca de Damatris, retiróse cobardemente el almirante Estrifno con su fuerza. Al dia siguiente recibieron los cruzados ofrecimientos del emperador de grandes regalos si levantaban el campo y se retiraban, á lo cual contestaron intimándole simplemente que reconociera á su sobrino como emperador legítimo. El 5 de julio avanzaron contra el arrabal de Pera y rechazaron á las fuerzas imperiales que se replegaron sobre la capital. Al dia siguiente Dándolo forzó con sus buques la entrada del Cuerno de Oro rompiendo la cadena que la cerraba, y Pedro de Bracheuil ó Braecuel, uno de los jefes franceses mas valientes, tomó la formidable torre que defendia el puerto junto á Galata á pesar de la resistencia de las tropas de la guardia imperial y de los pisanos que allí estaban apostados. Al cabo de unos cuantos dias empleados en preparativos procedieron los cruzados al ataque de la ciudad vieja por mar y tierra; á cuyo fin se corrió el ejército el 11 de julio á lo largo de la orilla septentrional del Cuerno de Oro, pasó por el puente de Barbiso, y se estableció junto á los baluartes que defendian el palacio de las Blaquernas y que habian sido reforzados notablemente por los emperadores Manuel é Isaac. La escuadra habia seguido el movimiento del ejército terrestre, y los buques bien pertrechados y provistos de puentes levadizos se aproximaron á las fortificaciones que desde el citado palacio protegian la playa. El dia 12 empezó el ataque en regla; las fuerzas de la plaza hacian salidas del lado de la tierra firme, y habiendo conseguido los franceses abrir una brecha en la muralla enfrente de su campamento, emprendieron los cruzados el 12 un ataque simultáneo por mar y tierra. Esta vez no tuvieron buen éxito; las legiones extranjeras compuestas de anglo-sajones y daneses y los genoveses y pisanos armados se mostraron invencibles; los cruzados retrocedieron y Alejo III que se hallaba en el palacio de las Blaquernas, cediendo á las instancias de los suyos, se puso á la cabeza de una fuerza imponente é hizo una gran salida. Entablóse la lucha y durante algun tiempo estuvo el éxito muy dudoso; de suerte que si en lugar de un Alejo hubiese estado allí un hombre como Teodoro Lascaris á quien luego conoceremos y que por desgracia llegó demasiado tarde para el imperio, se hubiera salvado entonces la capital. Pero aquella salida mandada por Alejo no pasó de ser una gran demostracion y acabó con la retirada de los bizantinos á los jardines de Filopatio. Dándolo habia sido mas feliz que los franceses; mientras estos atacaron inútilmente los baluartes de las Blaquernas, Dándolo tomó un lienzo de muralla con 25 torres poco mas ó menos, si bien no consiguió penetrar en el interior de la ciudad, defendido con indecible furor por los bizantinos. Entonces mandó Dándolo prender fuego á las casas y pronto se extendió el incendio desde la eminencia de las Blaquernas hasta la iglesia de Santa Evergetis y penetró en el barrio de Deuteron. Solo cuando los venecianos supieron la salida del emperador y la retirada de los franceses desistieron de su empresa de penetrar en la ciudad por entonces y corrieron á auxiliar á sus compañeros.

En la ciudad creció entonces la irritacion contra el miserable emperador, el cual al ver la frialdad de los hombres mas importantes, se acobardó, empaquetó en las primeras horas de la noche inmediata diez quintales de oro y las insignias imperiales y huyó con su hija Irene en un buque á Develtos en Tracia á orillas del Mar Negro. Cuando se supo en la capital su evasion fué inmensa la consternacion de todos, y antes de que degenerara en una confusion general tuvo el

tesorero del imperio, el eunuco Constantino, la presencia de espíritu necesaria para asegurarse de la fidelidad de la guardia imperial con una abundante distribucion de dinero; prendió á la emperatriz Eufrosina y á sus partidarios, sacó de su prision al ciego ex-emperador Isaac Angelos y á su esposa, y á la mañana siguiente, 18 de julio, le proclamó emperador restaurado. Al instante se puso Isaac en relacion con los jefes de los cruzados, y despues de alguna vacilacion hizo suyos los compromisos que su hijo habia contraido con el ejército enemigo. Hecho esto el príncipe acompañado de los jefes de la expedicion efectuó su solemne entrada en la capital donde fué coronado co-emperador con el nombre de Alejo IV el 1.º de agosto.

Con esto debió quedar todo arreglado, pero apenas coronado Alejo se presentaron las inmensas dificultades materiales y morales que se oponian al cumplimiento del convenio hecho en Zara y jurado de nuevo en Corfú. El pueblo bizantino se sentia humillado de haber recibido un emperador de manos de los odiados occidentales, y se oponia en absoluto á someterse á la autoridad eclesiástica de Roma; y como el poder del nuevo emperador no se extendia por lo pronto mas allá de la capital, tuvo que sacarse de esta la suma inmensa prometida al ejército aliado, lo cual creó una excitacion peligrosa, viniendo como venia despues de un desgobernio como el de Alejo III con sus derroches y extorsiones. Con todo, vaciando las arcas del gobierno, y confiscando y vendiendo los bienes de la emperatriz Eufrosina y de sus parientes, pudo reunirse y entregarse á los cruzados la mitad de la suma prometida, 100,000 marcos de plata.

Lo peor de todo era que ni Isaac ni su hijo estaban á la altura de la terrible situacion. El primero nada habia aprendido en la desgracia y solo soñaba con el restablecimiento del antiguo poderío bizantino cuando las dificultades inmediatas reclamaban imperiosamente medidas previsoras, eficaces y rápidas. Verdad es que tuvo el buen tacto de reconciliar á los venecianos con los pisanos, pero en cambio riñó con su hijo al cual empezó á mirar con odio, porque sus aliados le consideraban como el emperador verdadero, y á su padre solo como emperador honorífico.

Alejo IV no tenia el talento necesario para llenar su elevado puesto con dignidad, y sostenerse en él. Fueron sus aliados los cruzados los que le sostuvieron el corto tiempo que duró la situacion que le elevó á co-emperador. Una seccion francesa capitaneada por Pedro de Bracheuil guardó el palacio y su persona, despues que los demás cruzados evacuaron la capital con las tropas imperiales y acamparon cerca de Galata y del barrio judío á orillas del Bósforo para evitar colisiones con el pueblo. Cediendo á los deseos del emperador y por la misma razon, permanecieron allí hasta la primavera. La escuadra veneciana habia echado anclas en frente de Pera. Por su parte Alejo IV, instado sin cesar por el clero de la cruzada, habia enviado á Roma en 25 de agosto, su profesion de fe católica, y habia tambien inducido al patriarca Camateros, hombre flexible, á reconocer en cierto modo el primado de Roma.

Hasta aquí sin embargo solo era obedecido en la capital mientras estaban allí los cruzados; lo que urgia pues era hacer reconocer su autoridad siquiera en las provincias limítrofes antes que las tropas extranjeras abandonasen el país, sin cuyo concurso no habria sido posible hacerse reconocer, porque donde no imperaban las armas de los occidentales estaba el pueblo por Alejo III que entre tanto habia salido de Develtos y se habia adelantado poco á poco hasta Adrianópolis. Prometiéndole grandes recompensas pudo inducir Alejo IV á una gran parte de los cruzados, entre ellos al marqués de Montferrato, á prestarle su auxilio para someter las provincias inmediatas, y en el mes de agosto de 1203 pusieron en

marcha. Recorrieron la Tracia en direccion Noroeste hasta la frontera búlgara; sometieron un gran número de ciudades y castillos y rechazaron á Alejo III hasta Mosinópolis; pero cuando regresaron en 11 de noviembre á Constantinopla, el victorioso Alejo IV encontró muy cambiada la situacion de la capital. En efecto, apenas hubo salido á campaña, habian ocurrido sucesos horribles ocasionados por el antagonismo feroz entre los bizantinos y la soldadesca extranjera.

El dia 19 de agosto visitaron la ciudad muchos flamencos ebrios y fanáticos; y en su embriaguez y fanatismo pusieron fuego á la mezquita que allí tenian los comerciantes mahometanos, debida á la amistad que habia reinado entre el sultan Saladino y el emperador Isaac. No contentos con este acto de barbarie, saquearon varias tiendas de comerciantes turcos, y habiendo los bizantinos acudido al auxilio de los saqueados, y viéndose acorralados los flamencos y la turba que se les habia unido, pusieron fuego tambien á las casas inmediatas. Por desgracia se levantó entonces una gran tempestad con un viento fuerte, que hizo tomar al incendio una extension como Constantinopla no la habia visto desde el siglo v. Duró el fuego dos dias con sus noches y redujo á cenizas la parte de la ciudad situada entre el puerto, el Mar de Mármara, la iglesia de Santa Irene y Santa Sofía hasta la playa de Perama, desde donde se pasaba á Galata. Las personas que perecieron, las obras de arte, monumentos suntuosos, casas y géneros que quedaron destruidos fueron incalculables; y el furor de los bizantinos creció tanto, que los mismos italianos amigos del imperio, es decir, los genoveses y pisanos temieron ser víctimas, y 15,000 de ellos, hombres, mujeres y niños, abandonaron la ciudad y buscaron asilo en el campamento de los cruzados. Esta inmensa calamidad no disminuyó sin embargo el rigor con que Isaac hizo reunir el dinero para pagar la suma convenida á los cruzados, despojando hasta las iglesias de sus tesoros, lo cual exacerbo todavia mas los ánimos en la ciudad.

En esta disposicion encontró Alejo IV la capital á su regreso de la Tracia. En lugar de apaciguar en lo posible la indignacion general, el inepto príncipe se rodeó de los hombres que habian contribuido á la elevacion de su tío al trono, lo cual llenó naturalmente de cólera á su padre Isaac. Además pasaba el tiempo en orgías y jugando á los dados con los caballeros franceses, en cuyas ocasiones solia olvidar de tal manera toda idea de dignidad y decoro, que no solamente los bizantinos, sino hasta los mismos franceses é italianos formales quedaban asombrados é indignados.

No tardó en convencerse Alejo IV de que no era posible ni reunir los 200,000 marcos estipulados, ni cumplir la promesa de sumision de la Iglesia griega al pontífice de Roma, y en esta persuasion procuró esquivar el contacto con los jefes del ejército cruzado; pero ese no era un recurso eficaz, y el anciano dux de Venecia, en una última entrevista que tuvo con Alejo IV junto al puerto, á fines de noviembre de 1203, olvidó todas las consideraciones y rompió definitivamente con él, quedando otra vez declarada la guerra entre el imperio y el ejército extranjero.

La situacion de los cruzados estaba muy léjos de ser satisfactoria. El invierno entró con un frio intenso que produjo las consecuencias de siempre; y mientras los cruzados devastaban las haciendas de los alrededores y forrajeaban hasta donde podian para proporcionarse víveres, un hombre enérgico, valiente y popular organizó una resistencia desesperada contra los occidentales echando mano de los escasos recursos que quedaban todavia, ya que Alejo IV se mostraba enteramente inepto é indolente. Este patriota fué Alejo Ducas, pariente lejano de la dinastía reinante de los Angelos, y á quien el pueblo habia puesto el sobrenombre de *Murzuflo*

por sus cejas espesas y unidas. Los brulotes que arrojó contra los buques venecianos resultaron inútiles por la vigilancia y actividad de Dándolo y las salidas que hizo con la guarnición se estrellaron contra la pericia del marqués de Montferrato; mas nada pudieron estos dos jefes eminentes contra el hambre. Su situación se iba haciendo penosa y en 25 de enero de 1204 se empeoró á causa de un cambio súbito en la capital, donde el coraje del pueblo había llegado á su colmo estallando en una revolución irresistible. El día 25 de enero acudió una imponente multitud de ciudadanos y monjes á la basílica de Santa Sofía, á donde llamaron al consejo de Estado, al alto clero y á los magistrados superiores. Reunidos todos en la magnífica nave del templo, pidieron á voces la destitución de la familia Angelos y el nombramiento de un nuevo emperador. Entre los individuos que se propusieron no figuró Alejo Ducas por su parentesco con los Angelos, y no brindándose nadie para tan difícilísimo cargo, pasaron tres días en tumultuosas discusiones y en completa anarquía, hasta que finalmente en 28 de enero se mostró dispuesto á encargarse de tan peligroso honor un aristócrata joven y poco conocido llamado Nicolás Canabos, militar perito y valiente, y como particular inteligente y animado de las mejores intenciones. Aclamado Nicolás Canabos, cuando Alejo IV recibió la noticia en su palacio de las Blaquernas, no pensó mas que en salvarse, y á pesar de su anterior rompimiento con los cruzados envió á Ducas Murzuflo á visitar al marqués de Montferrato y á proponerle si le quería proteger la entrega del palacio de las Blaquernas que era la llave de la capital. Aceptó el marqués; pero cuando los caballeros franceses enviados á la siguiente noche á ocupar aquel punto tan importante llegaron allí con su gente, encontraron las puertas cerradas y tuvieron que volverse al campamento.

No fué por culpa de Alejo IV, porque este entonces yacía encadenado á merced de Murzuflo que había sentido renacer en su pecho todo el patriotismo y la conciencia de bizantino en el momento crítico en que el príncipe destronado le encargaba entregar al enemigo de la nación y del imperio las Blaquernas, llave de la capital. Con el auxilio del tesorero Constantino ganó á la guardia varanga para librar el imperio del traidor revestido de la púrpura imperial. A la vista de los 15,000 varangos que se presentaron con ademán amenazador en aquella noche quedó espantado el miserable Alejo y suplicó á Murzuflo que no le desamparase. Murzuflo fingiendo querer salvarle, le llevó á un calabozo secreto, donde inmediatamente le hizo cargar de cadenas. Hecho esto, corrió á ponerse las insignias imperiales y se presentó así á la guardia reunida delante del palacio, que le aclamó frenéticamente. El clero y el pueblo cuando supieron lo ocurrido se pronunciaron á favor del usurpador enérgico, porque no dudaban que salvaría al imperio y lo libraría de la hueste extranjera. Nicolás Canabos, el electo en Santa Sofía, vió desertar de su lado á todos los que le habían apoyado y se rindió á Ducas Murzuflo, el cual bajo el nombre de Alejo V fué coronado emperador por el patriarca Camateros en 5 de febrero en la basílica de Santa Sofía. El viejo y ciego Isaac había muerto de susto al saber la caída de su hijo y este fué estrangulado en el calabozo donde yacía. Durante algun tiempo ocultó su muerte el nuevo emperador, haciéndole pasar por enfermo, á fin de seguir negociando en su nombre con los cruzados y ganar tiempo para organizar la nueva é inevitable lucha. Cuando los cruzados supieron la verdad, se encendieron en ira. No acostumbrados como los bizantinos á la práctica del regicidio, consideraron á Ducas, por la felonía con que había dado muerte á su soberano, como uno de los peores malvados, y declararon que se había colocado él mismo fuera de la ley.

Alejo V sin embargo, les dió por lo pronto mucho que hacer, con inmenso júbilo del pueblo bizantino; pero si no le faltaron energía, valor, actividad ni astucia, le faltaron recursos suficientes para salir definitivamente victorioso. Mostróse incansable para restaurar las obras de defensa; instruyó y ejercitó á los hombres válidos que quedaban, en el manejo de las armas, en la disciplina y las maniobras; reforzó con actividad febril la artillería; pertrechó bien las baterías del puerto; suplió la falta de dinero, confiscando los fondos de los altos funcionarios del ramo de hacienda, de los recaudadores y contratistas que se habían enriquecido con los gobiernos anteriores; obligó á los pocos occidentales que habían quedado todavía en el casco de la capital á salir de ella para evitar inteligencias traidoras; pero todo fué insuficiente contra el ejército de los cruzados, cuyos jefes con grandísimo aplauso del clero habían ya declarado al imperio guerra á muerte y anunciado su resolución firme de conquistarlo para sí.

Después de algunos encuentros con destacamentos franceses enviados á forrajear, en que habían salido vencedoras las armas bizantinas, Alejo V intentó un golpe mayor contra otro destacamento compuesto de 1,000 soldados que mandados por el conde Enrique de Flandes ó de Angre, habían ido también á forrajear á principios de febrero á Fílea, ciudad situada á orillas del Mar Negro á diez leguas de Constantinopla. A su regreso con un numeroso tren de provisiones atacólos Alejo con fuerzas mucho mas numerosas; pero á pesar de esto y de su arrojo y valor personal, fué derrotado y hasta el paladion del imperio, la gran bandera con la imagen de la Virgen, cayó en manos de los vencedores.

Desde entonces evitó Alejo V todo encuentro con el enemigo y se limitó á la defensiva. En el puerto nada consiguió tampoco con los brulotes griegos contra la escuadra de los cruzados, de modo que tuvo que resignarse á aguardar sus ataques detrás de las murallas de la ciudad. Entre tanto á principios de marzo de 1204 los jefes de la cruzada, el dux Dándolo, el marqués de Montferrato, el conde Balduino de Flandes y otros dos magnates franceses se pusieron de acuerdo respecto del reparto del imperio bizantino, mientras impulsaban activamente la construcción de máquinas de sitio. El convenio constaba de doce artículos que fijaban el modo de repartir el botín móvil, y la recompensa que había de obtener la república de Venecia cuya supremacía política y mercantil en los territorios bizantinos quedó bien asegurada, pues se le confirmaron todos cuantos privilegios le habían concedido los emperadores en diferentes épocas. Estipulóse que el nuevo emperador que en su día había de nombrarse recibiría como patrimonio la cuarta parte del territorio del imperio y los palacios de las Blaquernas y de Bucoleon. Las tres cuartas partes restantes debían ser repartidas por igual entre los venecianos y los cruzados. Al clero y á las iglesias se prometieron en el convenio abundantes dotaciones, pero las propiedades de las iglesias griegas debían ser secularizadas. Doce hombres de la confianza de los venecianos y otros doce nombrados por los cruzados debían formar la comisión encargada de repartir el territorio, que recibirían en feudo los agraciados, y de fijar los servicios que cada vasallo agraciado había de prestar al nuevo emperador por el feudo que le tocara. Al mismo tiempo se formó el plan de distribución del territorio que debía dividirse en feudos, y en el cual los venecianos por su conocimiento del país y la enumeración detallada de las provincias y plazas del último convenio celebrado con Alejo III, pidieron para sí todas las plazas donde habían estado autorizados á establecer factorías, y todas aquellas que podían contribuir á asegurar la preeminencia de su comercio y de su dominio marítimo en las aguas de Levante.

Finalmente convinieron los citados jefes en que después de realizada la conquista permanecerían unidos un año la escuadra y el ejército terrestre para consolidar el nuevo estado de cosas.

Dispuesto todo, llegó el 8 de abril, el día fúnebre en que empezaron el sacrificio y la agonía del imperio bizantino. Aquel día la escuadra veneciana condujo á los cruzados desde Pera al Cuerno de Oro á un punto inmediato á las Blaquernas, á cuyo palacio en la madrugada del día siguiente dieron el asalto sin conseguir su objeto. La guardia imperial, las tropas bizantinas y probablemente un cuerpo de genoveses, acudidos por Alejo V Murzuflo, rechazaron á los enemigos á pesar de la lluvia de proyectiles que contra los defensores de los baluartes, torres y murallas arrojaron las naves venecianas y 300 máquinas de sitio, y á pesar también de la energía feroz con que embistieron los franceses que padecieron muchísimo lo mismo que los aparejos de sus buques á causa de los disparos griegos. Aquel día quedó la victoria por los bizantinos; pero no tuvieron motivo para regocijarse por mucho tiempo, porque los cruzados excitados por su clero, restauraron y reforzaron sus medios de ataque; asistieron el día 11 á una misa solemne; después confesaron y comulgaron, y al día siguiente por la mañana volvieron al ataque con sus buques unidos de dos en dos con cadenas. Los bizantinos y los legionarios se mantuvieron firmes como la primera vez; pero pasado medio día un viento fuerte del Norte llevó dos buques venecianos, la *Peregrina* y el *Paraiso*, á cuyo bordo mandaban los obispos de Soissons y de Troyes, tan cerca de la torre Virgioti en el barrio de San Pedro que los tripulantes del primer buque apoyados por una lluvia de proyectiles pudieron arrimar las escalas de asalto, subir después de una lucha mortífera y plantar en las almenas de la torre las banderas de los obispos. En seguida Pedro de Brachueil que mandaba el segundo buque tomó con su gente la torre inmediata; y Pedro de Amiens, hombre de estatura gigantesca, consiguió forzar con 10 caballeros y 60 escuderos un pequeño postigo practicado en la muralla y penetrar por allí en la ciudad. No tardaron los sitiadores después en forzar tres puertas mas por donde pudieron penetrar los franceses á caballo. Alejo V á la cabeza de un cuerpo de reserva bajando desde una eminencia cerca del convento de Pantepotes, donde hoy está la mezquita Fetiyé, se precipitó sobre el destacamento de Pedro de Brachueil; pero su gente no resistió la embestida formidable de los caballeros franceses cubiertos de hierro. Una parte de la tropa del emperador huyó á las Blaquernas y el grueso le obligó á encerrarse en el palacio de Bucoleon junto al Bósforo. Los franceses tomaron efectivamente las Blaquernas, y habiendo anochecido no quisieron arriesgarse aquel día á penetrar en el laberinto de calles de la vasta capital. Reunieron su gente cerca de las obras de que se habían posesionado; acamparon en el sitio donde hoy está la mezquita Kilisí, ocupado poco antes por Alejo V, y para resguardarse de toda sorpresa nocturna, incendiaron las casas inmediatas. Este incendio, el tercero en el espacio de pocos días, duró hasta la noche siguiente y completó la ruina de la ciudad infortunada, porque redujo á cenizas la parte situada entre el convento de Evergetes y el Almirantazgo. Según un autor francés, testigo ocular de estos horrores, los tres incendios destruyeron tantas casas como existían entonces en las tres ciudades mas grandes de Francia.

No pudo haber pues ataque por parte de los griegos. El pueblo estaba desesperado y solo podía pensar en salvar las familias y los objetos de mas valor. Alejo V también dió la capital por perdida; sacó del palacio de Bucoleon á la emperatriz Eufrosina y á su bella hija con la cual se había casado en terceras nupcias; pasó con ellas por la Puerta de Oro, se embarcó en una galera y huyó.

Entre tanto los habitantes que conservaban todavía su serenidad se reunieron en Santa Sofía situada en la parte oriental de la ciudad, en la noche del 12 al 13 de abril, y eligieron para jefe del imperio al mejor varon bizantino de aquella época fatal, al eminente Teodoro Lascaris. Era tarde para salvar la ciudad incendiada, ni había que esperar nada de la resistencia armada. Las tropas mercenarias, desmoralizadas en veinte años de desgobierno y de revoluciones dinásticas, empezaron á calcular las ventajas que podrían sacar del inmediato cambio de gobierno, y á qué precio podrían vender su apoyo, de modo que no le fué dado á Lascaris contar con ellas ni de consiguiente emprender nada, perdiendo así momentos preciosos. Cuando amaneció el día 13 de abril y los cruzados alemanes avanzaron en dirección de Santa Sofía, no quedó otro recurso á Lascaris mas que pasar el Bósforo y salvarse en Asia. Con él eran tres los emperadores fugitivos, Alejo III, Alejo V Murzuflo y Lascaris.

Constantinopla quedó en poder de los cruzados. Las tropas imperiales extranjeras entregaron las armas quedando en libertad; el marqués de Montferrato ocupó el palacio de Bucoleon; en el de las Blaquernas se instaló Enrique de Flandes, quedando en aquel la viuda del emperador Isaac, hermana del rey de Hungría, la bella Margarita y la princesa francesa Inés. Desde entonces ya no hubo medio de contener á los conquistadores que sedientos de botín se echaron sobre la ciudad y población despreciando todos los avisos y todas las órdenes, y cometiendo horrores como hasta entonces no se habían visto. Al furor y al cruel instinto de los rudos guerreros de Occidente se agregaron el fanatismo y el odio que tenían á los cismáticos griegos. Aquel día tomaron los italianos venganza completa de las escenas terroríficas del año 1182, siendo inútiles todos los esfuerzos de Dándolo que deseaba salvar la ciudad con los monumentos que habían quedado en pie. Los soldados y marineros que bien sabían que los señores y magnates nada dejarían para ellos, se dieron prisa á entrar á saco en toda la ciudad, y de paso, á saciar sus brutales instintos, robando, destruyendo, matando á los hombres, deshonrando á las mujeres y llevándose los niños para venderlos por esclavos. Robaron las iglesias y conventos; los clérigos católicos que formaron parte de la cruzada hicieron su negocio apoderándose de las reliquias; la soldadesca trasformó los templos en establos; la basílica de Santa Sofía fué profanada por los cruzados franceses que allí celebraron orgías repugnantes con mujeres perdidas, destruyendo lo que no pudieron llevarse y principalmente muchos preciosos mosaicos y otras obras de arte. Dándolo pudo salvar, pero á duras penas, los vasos sagrados de la basílica, que regaló á la iglesia de San Marcos en Venecia, y los caballos de bronce de Lisipo que sacó del hipódromo y los envió también á su patria, donde todavía se conservan. Entonces se decía que los venecianos saqueaban y solo pensaban en adquirir dinero; que los franceses hacían escarnio de todo, que profanaban y deshonraban personas y cosas; y que los alemanes encontraban su mayor placer en comer, emborracharse y destruir. Una cosa muy característica fué la satisfacción feroz con que la población pobre del campo, los labradores y pastores recibieron á los fugitivos de la capital que hasta entonces habían causado con su lujo y opulencia la envidia de los pobres lugareños.

Costó mucho restablecer el orden y la disciplina en los cruzados, y á no ser por un eclipse de luna que ocurrió el 16 de abril, difícilmente habrían obedecido á sus jefes que comprendían la necesidad urgente de establecer rápida y sólidamente el nuevo imperio feudal. Por desgracia impidiólo el egoísmo del dux de Venecia que prefirió estorbar la formación de un nuevo imperio sólido, á que fuera llamado al